

Y después de Afrín, ¿qué?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Cumplidos prácticamente dos meses desde el comienzo de la ofensiva turca sobre el cantón de Afrín, en el Kurdistán sirio, las huestes de Erdogan, con el apoyo del rebelde Ejército Sirio Libre, han tomado la ciudad de nombre homónimo. Lo cual que implica una flagrante violación de la jurisdicción de Siria en calidad de Estado independiente. Mas lo peor es que se ha producido sin una declaración de guerra previa, que supone, innegablemente, un acto hostil en toda regla. Quisiera recordar que ya en 1939 Turquía logró hacerse con un territorio perteneciente en principio a Siria, Antioquía, región de mayoría árabe donde se constituyó uno de los cinco grandes patriarcados del Cristianismo. Todavía no sabemos las verdaderas intenciones de Ankara, pero el ver ondear la enseña turca en el ayuntamiento de Afrín es harto significativo. A pesar de que el primer ministro Binali Yildirim haya descartado la anexión. La realidad es que en estos a día de hoy es difícil saber qué pretende realmente Erdogan. No obstante, hay algunos hechos poco alentadores. Por un lado, el ya comentado de la bandera. Por otro, el haber destruido la estatua del gran héroe mitológico kurdo Kawa. Y qué decir de un éxodo masivo que algunos cifran en unos 250.000 habitantes, refiriéndose al cantón de Afrín en su conjunto.

Indudablemente, el contexto y las circunstancias son muy diferentes. Empero, a nadie se le escapa lo sucedido en el norte de Chipre en 1974, tras la invasión de los uniformados turcos. Allí la inmensa mayoría de los habitantes grecochipriotas fueron expulsados y sus casas y tierras repartidos entre los colonos provenientes de Anatolia. Quizás en Afrín la repoblación podría hacerse con refugiados árabes sirios contrarios a Bashar al-Asad o con turcomanos. Insisto en que la situación actual es bien distinta, encontrándonos con una Siria agonizante y exhausta, incapaz de hacer frente a este agravio. Un agravio, ciertamente, que apenas ha encontrado eco en la comunidad internacional. ¿Dónde está ahora la lenguaaz embajadora estadounidense en la ONU, Nikki Haley, para denunciar semejante atropello y un éxodo tan penoso como éste?

La excusa esgrimida por Ankara para semejante incursión ha sido acabar con las Unidades de Protección Popular (YPG), las milicias kurdas aliadas de Washington, que han jugado un papel fundamental en la lucha contra el Estado Islámico. Sin embargo, la Casa Blanca parece haberse olvidado de ellas y, mientras tanto, no es capaz de parar los pies a su aliado en la OTAN. En cambio, ha dejado hacer, al igual que Rusia, que controla el espacio aéreo sirio y que ha demostrado cómo Estados Unidos los dejaría a su suerte, tal que así ha sido. Y todo ello bajo el burdo argumento de las autoridades turcas de que las YPG son bandas terroristas aliadas del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). Desde que en 2015 se rompieron las negociaciones de paz entre el gobierno turco y el PKK, el panorama de inestabilidad en el suroeste de Turquía es evidente, habiéndose sucedido en los últimos años numerosos y sangrientos atentados y sus consiguientes respuestas. De ahí que Turquía, según su argumentario, no pueda permitir la existencia de una retaguardia kurda en sus lindes meridionales, sirias e iraquíes. Ya se vio tras el referéndum de independencia del Kurdistán iraquí, donde la oposición más fuerte, aparte de Bagdad, vino de Ankara, que llegó incluso a cerrar la frontera. En aras de su seguridad, el ejecutivo turco pudiera estar animado a seguir adentrándose en suelo kurdo si nadie lo impide antes. Por supuesto, las YPG ya han dicho que le harán frente y otro tanto se puede esperar de los partidarios de Bashar al-

Asad y del Ejército sirio, aun a sabiendas de que los actores fundamentales en esta crisis son Moscú y Washington.

La presencia de militares rusos en Siria está siendo determinante para que Damasco esté ganando la contienda civil que desangra el país transcurridos casi siete años. Las relaciones entre Erdogan y Putin son buenas, aunque no exentas de tensión y por eso la posible intervención de este último en este affaire se antoja necesaria. Peores son los lazos con Estados Unidos. Tras el golpe de Estado de julio de 2016 contra Erdogan, la tradicional alianza se ha deteriorado mucho. Por el momento, la política exterior tan errática de Donald Trump no permite presumir gran cosa. Se mueve entre la indiferencia, siendo Afrín un buen ejemplo, y el presunto merecido apoyo a las YPG dado su rol contra el Dáesh. ¿Pues realmente está la Casa Blanca interesada en un conflicto con Turquía por defender a los kurdos? Puede que no. Al menos, es lo que ha querido demostrar el Kremlin. ¿Y por el petróleo existente en suelo kurdo-sirio? Me temo que ése es otro cantar. No en vano, algunos de los mayores yacimientos de crudo de Siria están en los cantones kurdos. ¿Acaso es sólo una casualidad que las tropas norteamericanas estén precisamente desplegadas allí?

Por tanto, en un horizonte inmediato se atisban tres posibles escenarios. Primero, que Putin sea capaz de frenar la escalada militar turca, garantizando tal vez un área de salvaguardia en el Kurdistán sirio que dé confianza a Ankara y aplaque sus ánimos. Segundo, que Erdogan siga empeinado en su ataque y haga una auténtica limpieza étnica en la zona, provocando nuevas huidas masivas. Y tercero, que Estados Unidos, viendo sus posibles intereses económico-petroleros amenazados, logre persuadir a Turquía de no continuar con el avance. Sin duda, los tres escenarios son inciertos y en los tres podemos estar seguros de que los kurdos serán los perdedores. Al tiempo.

21 de marzo de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 25 de marzo de 2018, p. 26